

El lenguaje, la lengua, *lalengua*. Por Elena L. Yeyati

Lacan desplaza conceptos fundamentales de Freud a partir de su giro inicial hacia el lenguaje. Así, desde “Función y campo...” (1), la interpretación no es interpretación de sentido sino empleo de resonancias semánticas, juegos con el equívoco, con homofonías. Se trata de “evocar” -dice allí Lacan- sin tener que, ni qué, informar.

G. García (2) traza un arco con la expresión de F. Ponge “*réson*”, homofónica entre resonancia y razón, que va desde “Función y campo...” hasta *El sinthome*. Se propone hacernos ver que la tesis de Lacan sobre la homofonía toca el concepto de pulsión. Recorta, en el seminario dedicado a Joyce, que las pulsiones son “...el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir, pero que ese decir, para que resuene, para que consuene...es preciso que el cuerpo sea allí sensible...” (3)

Entonces, cuando en 1974 Lacan (4) dice que la interpretación obra con *lalengua* ¿qué ha cambiado con relación a su primera enseñanza? En Aun Lacan (5) ya había expresado que el lenguaje es una elucubración de saber sobre *lalengua* -cosa que Miller destaca cuando titula la última clase-. A partir de allí Lacan distinguirá, por un lado, el inconsciente en tanto está estructurado como un lenguaje -ya sea que lo entendamos como ficción freudiana, objeto de una ciencia lingüística o saber-hacer-con *lalengua*-. Y, por otro lado, *lalengua*. Esa que llamamos la lengua materna en tanto que produce efectos que son afectos que permanecen enigmáticos y que sólo se recortan en la experiencia del análisis (“...el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir”).

Que se diga del inconsciente que es elucubración de saber sobre *lalengua*, sin embargo, no significa que el lenguaje sea capaz de enunciar todo lo que *lalengua* encierra como afectos, allí se abre una hiancia, algo no se puede decir. Algo que en lo que se dice, como afirma Laurent (6), siempre escapa al lenguaje, algo siempre en reserva que no llega a decirse y que sin embargo se escucha entre líneas. Por eso, la actitud del analista es más la de un lector que la de un escucha.

En el pasaje del fundamento analítico que va del significante (de la primera enseñanza) a *lalengua* (de la última) hay una novedad a propósito de la homofonía. Dice Lacan (4) que la homofonía no es una casualidad, no es algo arbitrario. Esa es una tesis suya y no de los lingüistas. “... [el] *non*, el no que niega, y el *nom*, el nombre que nombra, [no] suenan igual por casualidad... [no es que sea] arbitrario como dice Saussure”. Al final de su enseñanza se produce el abandono de la tesis saussureana sobre la arbitrariedad del signo para sostener que no es por azar que se produzcan homofonías.

Milner (7) se centra en este pasaje de “La tercera” en un artículo muy didáctico, donde diferencia la lengua (real, hablada, el idioma) de *lalengua* (en el sentido nuevo de Lacan). Para los lingüistas, explica, las homofonías son casuales, mientras que para Lacan no lo son y por lo tanto son la marca de algo real que quiere conectar con la pulsión. El material de *lalengua* es homofonía, pero la homofonía ya -en la doctrina lacaniana- no pertenece a la lengua.

(1) Lacan J., Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos* 1. Ed. siglo veintiuno, 1988, p. 278 y sig.

(2) García G., Las resonancias de Freud, de nuestra pregunta. En *D'Escolar*. Anáfora, 2000, pp.163-169.

(3) Lacan citado en García G. Ob. cit., p. 167.

(4) Lacan J., La tercera. En *Intervenciones y textos* 2. Manantial, 1988, p. 88.

(5) Lacan J., El Seminario. Libro 20. Aun 1972-1973. Paidós, 1989. Clase del 26/6/73.

(6) Laurent E., El reverso de la biopolítica. Grama, 2016, pp. 29-30.

(7) Milner J.-C., Ida y vuelta de la letra a la homofonía. En *Descartes* 26. Otium, 2017, p. 125-141.